

Vega Cantor, Renán. *La universidad de la ignorancia. Capitalismo académico y mercantilización de la educación superior*. La Habana, Ocean Sur, 2015, 546 págs.

La concepción de la educación se ha transformado en el mundo contemporáneo. En la actualidad, el capitalismo domina todas las relaciones humanas y transforma la visión que tenemos del mundo. Las políticas que se imponen desde Estados Unidos y el Banco Mundial afectan a países que, como Colombia, se ven obligados a seguir modelos económicos, los cuales, por ejemplo, reducen la educación superior a un mercado. En el ámbito educativo se ha impuesto la educación como una mercancía que se vende a los consumidores, como cualquier otro producto, a través de esa fábrica de conocimiento llamada universidad, subordinada al mandato de los mercados y los bancos. Este modelo de universidad mercantil se ha impuesto en la sociedad por varios mecanismos, desde la privatización de la educación pública como política de Estado, hasta la inclusión de lenguaje empresarial en el mundo académico. Así, la educación se ha convertido en una “industria” que funciona igual que cualquier proceso productivo; con ello, pierde su sentido educativo.

El libro de Renán Vega, dividido en nueve capítulos, se plantea como un estudio de los cambios que han afianzado la universidad mercantil. Su perspectiva es clara ya en las primeras páginas, donde se presentan los dos principios sobre los que descansa el libro. Por un lado, “un análisis serio y riguroso de las transformaciones de la universidad no puede hacerse al margen de las modificaciones del capitalismo ni de la implantación de la lógica mercantil” (4). Por el otro, entender estos vínculos implica ir “más allá de las descripciones reducidas y parciales que se enfocan en lo que sucede en un país determinado”, pues la evidencia muestra “que estamos asistiendo a la consolidación de un modelo de universidad, que se replica como un clon en el capitalismo del centro y de la periferia” (5). Así, el libro busca comprender la metamorfosis de la educación universitaria que ha dado paso a la consolidación de un modelo educativo regido por la lógica del capital, que convierte el saber en una fuente de valor. Vega llama a este modelo la “universidad de la ignorancia”, pues, según él, se preocupa por

la producción de diplomas y de otras mercancías educativas y desprecia el conocimiento y el esfuerzo necesario para elaborarlo.

Vega es un reconocido historiador marxista. No es extraño, pues, que el primer capítulo, titulado “La mercantilización de la educación y del conocimiento”, comience con la conceptualización de mercancía según *El capital* de Marx. En estos días, la mercancía y la idea de que los humanos no podemos vivir sin dinero se han naturalizado. Por eso, es bueno recordar que la mercancía “es un *producto histórico* y no algo natural” (19). Las relaciones sociales capitalistas son de tal naturaleza que la “producción de riqueza procede de la conversión de la fuerza de trabajo de los seres humanos en una mercancía” (21), que, a su vez, genera más valor. La naturalización de las relaciones humanas como relaciones entre mercancías ha hecho que ciertas cosas, que en principio no deberían serlo, sean mercantilizadas, como los bienes públicos, definidos por Vega como “aquellos que preferentemente suministra el Estado y cuya característica principal radica en que no se compran ni se venden en el mercado, y su uso y disfrute lo hace cualquier ciudadano, con independencia de su nivel de ingreso o procedencia de clase” (31). En el ámbito del capitalismo neoliberal, estos bienes se transforman en simples productos transables de los que se puede extraer lucro, y los ciudadanos se convierten en consumidores.

En el marco de la economía de bienestar, la educación era concebida como un bien público que, además, era gratuito, universal y laico: su valor primordial era de uso y no de cambio, ya que se orientaba a la solución de problemas, a través del conocimiento, y a la satisfacción de aspiraciones tanto individuales como sociales. Los bienes comunes de conocimiento que produce la educación son compartidos y perdurables, a diferencia de los bienes mercantiles, que son de propiedad privada y buscan generar ganancias a sus propietarios. Al ser transformada en mercancía, la educación

ya no es un derecho, sino un servicio, y el Estado debe limitarse a velar por su acceso, sin importar si ese servicio lo brindan los particulares o el mismo Estado, y como tal su valor de uso —la utilidad real que pueda tener un saber determinado— pasa a segundo plano. (33)

El conocimiento, entonces, deja de ser un patrimonio común de la humanidad y se convierte en una mercancía (un bien privado) por la que hay que pagar si se quiere sacar provecho de ella. Así, el fundamento de una educación

integral se elimina para dar paso a la privatización, que “fortalece lo que sea inmediatamente rentable y produzca ganancias a los dueños del servicio educativo, a la par que los ‘estudiantes’ pasan a ser simples consumidores que pagan por lo que se les ofrece y vende” (47).

De esta manera se establece un modelo educativo en el que se desprecian los saberes considerados poco rentables, se desdice de la cultura y se implanta un tono comercial y empresarial que unifica la educación universitaria alrededor del *marketing*. La privatización de la educación conspira contra la libertad de difusión del conocimiento, ya que el patentar los descubrimientos de investigación de las universidades condiciona el conocimiento a fines netamente corporativos y subordina a la universidad a los intereses del capital, reduciendo el saber a una actividad mercantil. Esto le quita libertad a los investigadores y posibilidades de adquirir conocimiento a los estudiantes que no puedan acceder a esta maquinaria educativa.

En el segundo capítulo, “Reestructuración capitalista y división internacional del trabajo educativo”, Vega vincula el proceso de deslocalización de la industria, del primer mundo hacia regiones periféricas y subordinadas, con las divisiones del trabajo académico en la sociedad global. De acuerdo con la teoría de las ventajas comparativas, cada país “debe especializarse en producir aquello para lo cual cuenta con una ventaja relativa” (62). Así, los países en los que predomine el capital deberían dedicarse a producir bienes de capital, mientras que aquellos en los que predomine el trabajo deberían producir bienes de trabajo en economías primarias. Esta teoría, que había tenido su auge en el siglo XIX, fue abandonada por muchos países en desarrollo a lo largo del siglo XX; sin embargo, su retorno reciente ha servido para “justificar el fin abrupto de los procesos de industrialización y el retorno de muchos países del mundo al modelo primario exportador” (62). En algunos países, como Colombia, se impuso un modelo colonial basado en la producción de bienes agrícolas y minerales; otros, como India o China, en los que abunda la fuerza de trabajo y los bajos salarios son posibles, han recibido las fábricas tradicionales —deslocalizadas de Europa y Estados Unidos— para la producción de bienes industriales.

Obviamente, esto también afecta a la educación superior, ya que mientras unos países producen ciencia, tecnología y conocimiento, los demás son relegados a la producción de materias primas y fuerza de trabajo. En estos, se renuncia a un proyecto educativo de masas que refuerce los procesos de industrialización y se impone una educación que forme las competencias para

el trabajo en maquilas o la producción de materias primas. En países como los latinoamericanos, esto estimula el reemplazo de la universidad tradicional por instituciones de educación técnica y tecnológica —ya que las habilidades laborales no se adquirirían en la universidad—. Se produce así una desigualdad educativa basada en la división entre “una aristocracia del pensamiento, que es la que debe ir a la universidad, y una gran masa de personas incapaces, con poco talento y que solo sirven para recibir una mínima y pobre instrucción y desempeñarse como operarios en un trabajo rutinario” (76).

Con esto, se abandona el proyecto de una universidad de masas —cuyo auge tuvo lugar al finalizar la Segunda Guerra Mundial—, para promover la idea de una universidad de élite, incluso en los países abocados a la maquila como forma de trabajo predominante. El esquema favorece las formas de dominio del capitalismo global: en un polo están los centros del capital, donde las universidades de élite mundial generan ciencia, conocimiento e innovación, y en el otro los que no tienen otra alternativa que aprovechar las migajas de tales universidades para formar a sus propias élites, incluso aunque el impacto de estas sea mínimo, pues ninguna economía basada en la educación puede desarrollarse si no articula la formación científica con una política industrial que proporcione empleo para la gente cualificada.

El tercer capítulo, “Sociedad del conocimiento: el pretexto para justificar la mercantilización educativa”, está dedicado al concepto de “sociedad del conocimiento”. La aparición del término sociedad de la información —asociado a la tecnología informática— permitió que se consolidara un modelo de negocio basado en la ecuación entre el acceso a la información a través de las herramientas tecnológicas y la noción de conocimiento. “El conocimiento reducido a la información estaría al alcance de todos los seres humanos, al que ahora podemos acceder gracias al computador” (92). Pero, como aclara Vega, tener mucha información no implica tener conocimiento de algo. “La información es importante si es el punto de partida para generar saber y conocimiento” (98), mientras que el conocimiento, es “la capacidad de comprender en forma exhaustiva un asunto o un problema, de tal forma que eso posibilite generar nuevos conocimientos” (98). Cuando este se define únicamente en términos de aquel, la sociedad se vuelve ignorante, pues es incapaz de transformar el pensamiento en nuevos conocimientos y de evaluar la información disponible. Sin una capacidad crítica para discernir sobre la información, la brecha digital y la brecha cognitiva se acentúan. Pero más decisivo aún es el efecto que esto tiene sobre la educación: convertido en

información, el conocimiento deja de ser el objeto central de la educación. Así, esta última se entrega a la revolución informática como su salvadora, con lo que se desvaloriza la labor docente: ahora, los aparatos y las plataformas tecnológicas, ofrecidos por empresas que se lucran de este servicio, crean la ilusión de que los estudiantes pueden ser sus propios instructores; solo basta usar los programas de ordenador adecuados.

Estos cambios refuerzan la idea, propia de la ideología neoliberal, de que la educación es un servicio que se ofrece como cualquier mercancía. “La universidad empresarial y mercantil” es el título del cuarto capítulo, y está dedicado al nuevo modelo de universidad que surge con estos cambios. En primer lugar, la universidad deja “de ser una institución autónoma, independiente y crítica que reflexiona sobre los problemas del mundo y de la sociedad, para convertirse en una empresa que compra y vende mercancías cognoscitivas” (133). Por otro lado, este modelo justifica el desfinanciamiento de la educación pública: si la educación, la investigación y la extensión son bienes comerciables que pueden generar lucro, la universidad debería asumir su propia financiación. Así, la universidad pública ofrece sus servicios de investigación, por ejemplo, a las empresas corporativas, con lo cual entrega su autonomía al capital privado.

Para Vega, el “capitalismo académico” que surge de esta nueva circunstancia no es más que el ingreso de la visión empresarial al mundo académico: ahora son los dueños del capital quienes evalúan la producción intelectual de la universidad y la moldean a su conveniencia. Esto tiene dos consecuencias significativas. La primera es que “el investigador se ha convertido en un simple engranaje de una gran máquina que produce conocimiento como si fuera una cadena de montaje intelectual” (140). Su producción se controla según el ritmo que impone el capital y la lógica de la producción industrial, con lo que él se convierte en un verdadero “mercenario bibliográfico”, totalmente interesado, por la presión de las circunstancias, en la publicación de *papers* cuyo principal valor es el mejoramiento de sus ingresos económicos.

La segunda consecuencia es el objeto del quinto capítulo del libro, “El lenguaje mercantil se impone en la educación universitaria”, dedicado a la manera en que lenguaje gerencial impone un nuevo sentido común en la vida académica. En la universidad de hoy se habla en jerga neoliberal: términos como mercado, oferta, soberanía del consumidor transforman la educación en un mercado en el que prima la libertad de elección individual sobre la responsabilidad social y cultural del Estado. En lugar de promover la educación a través de sus propias

instituciones, el Estado ofrece bonos que subsidian la demanda, mientras que la oferta se entrega a manos particulares.

El estudiante ahora es un consumidor que, “actuando de manera soberana y sin coerciones estatales, debe escoger libremente la institución escolar en la que quiere estudiar, en concordancia con su nivel de ingreso, puesto que el mercado ofrece distintos tipos de educación” (184). De esta manera, la escuela pública compite con la empresa privada en un mercado en el cual se impondrán las mejores —que, por lo tanto, recibirán más recursos estatales y particulares—. Esto, a largo plazo, aumenta la desigualdad, no solo porque quienes tienen más riqueza pueden pagar por una educación excelente, sino también porque las instituciones privadas reciben los recursos que permitirían financiar la educación pública. Este sistema fue adoptado en Chile y no está muy lejos del modelo que sustenta el programa Ser Pilo Paga en Colombia, por el que se subsidia la educación de personas de bajos recursos con dineros estatales. Estos jóvenes, vistos ahora como consumidores libres, optan por lo que ellos consideran las universidades de mejor “calidad” —y confunden la calidad con el precio—: así, las universidades privadas financian sus altos costos con recursos estatales.

Al concebir la universidad empresarial como un negocio, se insertan en la educación algunos términos propios de los procesos productivos. La “eficiencia” —“alcanzar un resultado previsto de antemano, en el menor tiempo posible y con un mínimo de recursos” (191)— implica contratar menos profesores, reducir la infraestructura y aumentar la cobertura (el número de estudiantes). El criterio de la “eficacia” —“cumplir objetivos, lograr resultados y realizar actividades que permitan alcanzar las metas fijadas” (193)— se aplica sin importar los medios e impone la idea de competir con otras instituciones educativas para obtener los mejores resultados cuantitativos, como en pruebas de estado, por ejemplo.

La “calidad” —“generar un producto con la máxima eficiencia durante su producción y que satisfaga al cliente” (198)— es un término usado originalmente para referirse a un producto material, pero en la educación es la sensación de satisfacción subjetiva de las personas la que dictamina qué deben recibir como educación; la noción ideológica de calidad se simplifica, además, a través de medidas arbitrarias de evaluación como los *rankings*. La “excelencia educativa” —usada para referirse a una institución “en la que prima la eficiencia y la productividad para beneficios de los capitalistas del sector” (205)— se basa en un discurso vacío, tal como lo expone Bill Readings en *La universidad en ruinas*.

La excelencia es, en suma, un rótulo usado por las instituciones educativas para promocionarse y atraer clientes:

Ya no importa el nivel de los profesores ni de los estudiantes, ni el contenido de las clases o de las investigaciones, puesto que ahora solo basta la excelencia, que es una idea superficial, sin referente alguno, porque sustituye, nada más ni nada menos, que al concepto de formación cultural. (207)

Pero, además, se impone en las universidades un lenguaje positivo, mezcla entre religión y *marketing*, que permite vender la idea de que el éxito es alcanzable a partir del simple deseo personal. En la universidad, este pensamiento se vende con programas dedicados al éxito de los estudiantes, *coaching* educativo que naturaliza el funcionamiento de la educación como negocio.

El sexto capítulo del libro, “La evaluación: instrumento central para mercantilizar la educación”, se centra en cómo cierta forma de evaluación puramente cuantitativa y gerencial se ha convertido en instrumento de mercantilización de la universidad. Esta evaluación pretendidamente científica tiene “un origen poco grandioso” (228) en prácticas como la craneometría, y se desarrolló a partir del concepto de coeficiente intelectual: ambos tenían en común el suponer la inteligencia como algo inamovible y característico de una élite racial o cultural encarnada en el hombre caucásico europeo. Los *tests* de inteligencia han terminado siendo usados “como mecanismo de exclusión educativa de una parte significativa de la población” (251), pues son la base, por ejemplo, de las pruebas de admisión en las universidades de élite.

La universalización de la evaluación cuantitativa se ha impuesto bajo la aparente justificación que da el término “cultura de evaluación”. Para Vega, tal cultura no es otra cosa que el sometimiento de los miembros de las universidades al control estatal a través de entidades privadas que “se arrogan el derecho a juzgar y determinar lo que es útil y necesario a la sociedad, de la cual ellos se reclaman como los representantes” (253). Condicionadas por el mercado, las instituciones educativas se ven obligadas a someterse a tal cultura para luchar por obtener recursos financieros estatales y privados; al mismo tiempo, a los estudiantes se les imponen barreras sociales y de clase, enmascaradas por la retórica de las capacidades, las aptitudes y los talentos. Además, la producción intelectual se somete al imperio de la bibliometría y los índices de citabilidad, cuyos beneficiarios son las revistas prestigiosas que

pueden llegar a cobrar para la publicación de artículos indexados. La docencia, entre tanto, es lanzada al último lugar de las prioridades de una universidad, pues si un profesor quiere obtener beneficios económicos, le será más rentable dedicarse a la publicación de una cantidad considerable de *papers*, antes que enseñar a los profesionales del futuro.

Así, se instaura la evaluación como negocio del que se lucran algunos, pues todos se deben someter a ella. Las universidades requieren de la evaluación para ser catalogadas como de “alta calidad” por alguna institución acreditadora, los profesores, para obtener aumentos salariales, y los estudiantes, para acceder a una universidad o ser considerados como capacitados para un empleo. Pero, paradójicamente, el negocio evaluador es altamente rentable, pues no requiere mucha inversión. Los sistemas informáticos se encargan de calificar de forma automática y mecánica y de ofrecer resultados cuantificables que simplifican los procesos educativos, de modo que no es necesaria “ninguna labor intelectual ni muchos empleados administrativos” (274).

Los dos siguientes capítulos del libro son, en cierto modo, una recapitulación de los anteriores. En el capítulo séptimo, “Las múltiples máscaras de la mercantilización educativa”, Vega se ocupa de cómo las ideas de reforma y modernización, así como los fulgores que producen las imágenes de posicionamiento de la investigación y revolución tecnológica, suelen usarse como formas de justificar la mercantilización de la universidad y su privatización. Entre tanto, el octavo, “Flexibilización laboral y proletarianización docente en la universidad”, muestra la manera en la que la universidad se pone a tono con la creciente precarización laboral en las economías neoliberales: los profesores se someten a contratos a término fijo y a un proceso continuo de evaluación, y la comunidad académica se atomiza, se segmenta y se jerarquiza: además de las diferencias en los contratos laborales (profesores de planta y profesores ocasionales), se establecen otro tipo de distinciones jerárquicas, entre los profesores investigadores y los profesores “rasos”, entre los consultores y los docentes, por ejemplo. Todas estas reformas, por supuesto, han enfrentado una gran resistencia: ella es el objeto del último capítulo del libro, “Contra la mercantilización de la universidad: la rebelión de quienes no quieren ser clientes”, que habla de la resistencia a estas reformas educativas en países como México, Chile, Puerto Rico, Colombia y Canadá.

Cuando la universidad se concibe como negocio, el antintelectualismo florece, el sabio y el investigador pasan a un segundo plano porque la prioridad

es la generación de ingresos económicos. En estas condiciones, toda visión crítica es reprimida incluso antes de manifestarse, ya que en este modelo educativo se ha impuesto un pensamiento positivo vaciado de contenido, que empobrece la formación integral. La ideología de la productividad se impone con la proliferación de *papers*, cuya calidad intelectual y cuya importancia para la construcción de la nación o el beneficio social son irrelevantes. El libro de Vega resulta valioso para todo aquel que esté interesado en entender los vínculos entre el desarrollo del capitalismo neoliberal y el surgimiento de la nueva universidad. El actual empobrecimiento cultural e intelectual incita la desaparición de la universidad pública y, a largo plazo, de la actividad intelectual. Pero siempre será necesaria una masa educada y crítica que, más allá de intereses egoístas que impone la forma actual del capitalismo, trabaje por el beneficio de la sociedad y la divulgación del conocimiento.

John Fredy Güechá Hernández

Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, Colombia